



Destapando las cloacas del pasado en *Guerra de mentiras* (Johannes Naber, Alemania, 2020)

Por Igor Barrenetxea Marañón

En la actualidad, ya es bien conocido el gran engaño que urdió EEUU para acabar con el régimen de Sadam Hussein, en 2003. El ataque a las Torres Gemelas, el 11-S, fue un shock para el país y para el mundo, y provocó la visibilización de un terrorismo yihadista que, hasta entonces, se había mantenido alejado de las fronteras de la primera potencia internacional, que parecía invulnerable. Sin embargo, su fanático atrevimiento cambió no solo la

fisonomía de la ciudad de Nueva York para siempre, haciendo desaparecer sus emblemáticos rascacielos, sino que trajo consigo lo que se pasó a denominar la guerra contra el terror.

Ahora bien, el problema radicaría en que Al-Qaeda, la responsable, era una organización escurridiza que habitaba entre las sombras. Su entonces líder, Osama Bin Laden, se encontraba oculto en algún lugar del agreste e inaccesible Afganistán, gobernado por los fanáticos talibanes. La Casa Blanca necesitaba encontrar otro chivo expiatorio para calmar sus aires de venganza... Unos años antes, sin que entonces pareciera que pudiera tener nada que ver con los acontecimientos anteriores comentados, un curioso personaje cayó en manos del servicio de inteligencia alemán (BND), Rafid Alwan, un ingeniero iraquí quien afirmaba haber participado en la fabricación de Ántrax.



La película, con un ritmo pausado, y en un estilo circunspecto muy germano, con su toque de corrosiva acidez, narra esta historia. Pero, lejos de



las convenciones del género, la trama se parece a una novela de John le Carré, porque tras el escenario principal solo se esconde una gran y amarga farsa.

El protagonista principal es Wolf, un científico especialista en armas químicas. Durante la década de los 90, participa en la misión encomendada a la ONU de verificar que Sadam, tras la primera guerra del Golfo, no poseía arsenales químicos. Su labor es infructuosa. Durante este periodo, conoce a Leslie, su homóloga estadounidense, con la que tiene una relación. El fin de la misión le hace retornar a Alemania con pesar. Sin embargo, una vez en su país, le encomiendan una nueva tarea. Un refugiado iraquí afirma haber formado parte del programa oculto de armas químicas de Sadam, y debe cerciorarse

de que dice la verdad. Este refugiado es Rafid. Pero hay algo más.

El director, Nader, no se limita a contar una serie de hechos, sino a ir desgranando, en esas virtudes que tiene el cine, el carácter de cada uno de los integrantes de este drama y el modo en que están afectados por los acontecimientos. Wolf, sin ir más lejos, es viudo, un hombre austero que no sabe expresar sus emociones. Su relación con su hija, que vive independiente, es distante y fría, no sabe cómo interactuar con ella. La delicada naturaleza de su propio trabajo le impide referirse a él y compartirlo, porque es material sensible



y secreto. Son dos desconocidos. Por eso, para Wolf su recuerdo de los tres años vividos con Leslie en Irak le resultan tan apreciados, y su obsesión es volver a Irak, a otra misión.

El superior de Wolf, Relzlaff, es un hombre del BND urgido por la presión política para obtener algún

posible que el refugiado pueda ofrecerles información relevante que, por fin, saque a la luz los secretos mejor guardados de la dictadura iraquí, que desvele el enigma de dónde escondía Sadam sus temibles armas. Pero Rafid es un hábil negociador y solo está dispuesto a hablar a cambio de que se le saque del centro de



triunfo ante los ojos de la Cancillería. El BND no deja de ser una agencia menor, frente a la CIA, el MI6 o el Mossad, al que nadie cree capaz de nada interesante. Así que Relzlaff le encomienda a Wolf valorar si es verdad lo que cuenta Rafid porque podría ser el comodín que necesita para medrar en sus aspiraciones.

Al principio, el científico juzgará su labor con la objetividad propia del profesional que sabe que tiene ante sí un deber importante. No es para menos, es

internamiento y le ofrezcan un pasaporte alemán. Relzlaff teme que sea un ardid para lograr la ciudadanía alemana sin tener que esperar los tres largos años hasta su consecución, por eso necesitan que les dé alguna prueba sólida de lo que afirma. Y Wolf, a medida que interroga a Rafid, cree que puede encontrar su punto débil entablando una relación amistosa con él y ganándose su confianza. Si logra que el iraquí confíe

en él, puede que le revele la prueba definitiva que corrobore su historia.

Claro que ahí entran en juego esos factores como son la lealtad y las debilidades humanas. Después de todo, Wolf es un incauto y cree que puede encontrar una verdad que, como él mismo afirma, no deja de ser una “ilusión”. A partir de ahí, la película cobra unos aires de esperpento. Porque a medida que Wolf se acerca a Rafid, más se deja guiar por la comprensión hacia un hombre afable y simpático, fumador y alcohólico, que lo que más teme es que los servicios secretos iraquíes acaben con su vida. Finalmente, Rafid cede, en una noche de borrachera. Pero a pesar de todo, Wolf es el único que advierte que antes de tomar en serio la información que les ofrece hay que corroborarla. Nadie le hace caso, el BND está henchido de orgullo por contar con una fuente de primer nivel reforzando su imagen ante los demás servicios de inteligencia del mundo. Pero tras este aparente y sonado triunfo, se descubre que la información no cuadra. Y ya es tarde para dar un paso atrás y se echa tierra sobre el asunto, el BND no puede asumir tamaño descrédito, así que el pobre Wolf paga los platos rotos.

Hasta que, claro, el 11-S lo cambia todo, y la CIA decide secuestrar a Rafid para que les cuente *la verdad* que

ellos quieren escuchar. Así, *Guerra de mentiras* parece una rocambolesca historia producto de la imaginación de algún hábil escritor, y tristemente es verídica. Naber completa con suma inteligencia lo que ya salió a relucir en *Green Zone* (2010), el empeño de la Casa Blanca en engañar a la opinión pública mundial para entrar en Irak y resarcirse del 11-S, en un filme aleccionador y, a la vez, un alegato contra el cinismo político.



T. O. Curveball. 2020, Alemania. Producción. ARRI Media Productions, Bon Voyage Films. Dirección: Johannes Naber. Guion: Oliver Keidel y Johannes Naber. Música: Johannes Naber. Fotografía: Sten Mende. Intérpretes. Virginia Kull, Dar Salim, Thorsten Merten, Sebastian Blomberg, Michael Wittenborn y Marcus Calvin. Duración: 108 min. Premios (2020): 2º Mejor Película alemana y mejor actor secundario.